

El bovesponsal de París
El hijo autógrafo diario.

Servicio de la prensa española

Redac.^o y Admón.
11 y 19 rue Mauberge.
París.

Año IV. - Núm.^o 514.

París 11 de Setiembre de 1888.

La situación.

Estamos en pleno período de propaganda oportunista. El celo de los oradores de ese partido es realmente infatigable, y no se pasa Domingo sin que tengamos que registrar algún trozo de elocuencia más o menos expresivo y más o menos digno de figurar en la historia de la oratoria política del siglo XIX. Recientemente nos ocupábamos de los discursos pronunciados en los Vosgos por M.^o Méline, presidente de la Cámara, y por M.^o Ferry, jefe el más caracterizado del oportunismo militante. Ciertamente no hubiéramos creído que la jornada de anteayer debería ser en este punto tan completa como las anteriores. En la Gironda, en la Côte-d'Or, en el Ysère no se ha oído otra cosa que el elogio de la política oportunista. Las demás fracciones del partido republicano, en cambio, parece que no dan importancia alguna a esa actividad de propaganda, y confiando más en la fatalidad de los sucesos, a venir que en el éxito de las catequizaciones rurales, a que se han lanzado con tanto empeño los protombreres del oportunismo, se dejan llevar por la corriente de sus esperanzas abandonando enteramente el campo a sus adversarios. No es éste, creemos, - por la parte de los ministeriales, sobre todo - el mejor medio de preparar el éxito de las próximas elecciones, de conquistar a los electores en favor de una política cuyas líneas generales nadie se toma la molestia de darles a conocer de cerca y de palabra, y de determinar, en una palabra, en el país, una agitación de todo en todo favorable a las reformas tan saludables como necesarias y prudentes, que la nación indudablemente persigue.

Ellos, los oportunistas - por el contrario - no desperdician ninguna ocasión para determinar ese movimiento contra las reformas que el país, en general y más o menos conscientemente, desea, y ciertamente no son simples comparsas del partido lo que se encargan de semejante tarea. Ayer eran M.^o Méline y Ferry; hoy

son Mr. Spuller y Mr. Raynal, todos de gran autoridad en el partido, y a quienes todo el mundo conoce y reconoce como subjes, ya que no como jefes, del oportunismo.

Mr. Spuller, que formó parte del ministerio Rouvier ha ido a predicar la "política de conciliación" a los electores de su distrito, dirigiéndose particularmente a los conservadores a quienes se esforzaba por probar que su oposición era estéril y que debían, por consiguiente, renunciar a sus ideas de destrucción contra la República. — Es más que probable que los reaccionarios se llamarán quietos y que los reproches e insinuaciones de Mr. Spuller serán voy in deserto. Después que cayó el ministerio Rouvier los monárquicos han meditado mucho y están mucho menos dispuestos que entonces a hacer el juego de los oportunistas. — Por lo demás, es candidez supina en hombre tan práctico como Mr. Spuller hacerse la ilusión de que los partidarios convencidos del antiguo régimen van a abandonar así como así su bandera, para replegarse al pie de una República que odian con toda el alma, lo mismo la radical que la oportunista. Muy lejos de esto, son ellos los que tratan (como hacíamos observar en una correspondencia anterior) de convertir a los republicanos moderados a la causa de la monarquía. Véase, sino, lo que aun recientemente decía el célebre Paul de Cassagnac. Dirigiase a los hombres del Centro-Izquierda y les manifestaba que estaban "desbordados", que su misión había concluido en la República, y añadía: "No somos nosotros quienes debemos ir a ellos, sino ellos los que deben venir hasta nosotros. Unos y otros reunidos podemos mucho; mejor dicho, lo podemos todo."

Mr. Raynal, que fué el gran defensor del ministerio Rouvier y que dió la vuelta a Francia predicando la santa cruzada para sostenerle contra los ataques de sus adversarios, se ha colocado en otro punto de vista para examinar la situación. En su discurso de Sainte-Foy ha pasado en revista la obra de la República, y después de enumerar los progresos realizados, se ha detenido en el examen de las cuestiones que están a la orden del día, principalmente de la revisión, que él rechaza porque viene propuesta y deseada por los adversarios de la República. "Por otra parte; ¿por qué revisar? — se pregunta Mr. Raynal. — ¿Es que no tenemos como presidente a un republicano firme y sincero y un Senado prudente y moderado?"

Tales objeciones, en nuestro concepto, a nada responden. La revisión no tiene necesariamente por objeto — como Mr. Raynal lo da a entender, no esuchando en este punto más que la gritería de los intranseguros — la supresión del Senado y de la presidencia de la República. Puede también tener por objeto — y así nosotros lo comprendemos interpretando la opinión de muchos revisionistas sinceros — el mejoramiento

x de lo que ya existe,

el mejor empleo de las fuerzas nacionales, una mejor organizacion en las mismas instituciones. El régimen parlamentario, tal como funciona hoy día en Francia, ha probado ya su impotencia, y su resultado más evidente ha sido la instabilidad ministerial y la imposibilidad de llevar a término feliz ninguna de las reformas que reclaman a la vez en este país su organizacion política y su situacion financiera.

He aquí porque se ha establecido en el país una corriente en favor de la revision. Los oportunistas, que antes preconizaban las grandes corrientes, y que reclamaban el escrutinio de lista para permitir que esas grandes corrientes se produjeran, reclaman hoy el escrutinio unipersonal para impedir que la misma gran corriente se abra paso, en razón a que la consideran desfavorable en un todo a sus intereses de partido. Su política continúa sien- do de negacion y de resistencia. Para hacerla triunfar, no cuentan ni con la Derecha - que resueltamente se niega a seguir haciendo su juego -, ni con los radicales, cuyo sostenimiento y cuya fuerza estriban precisamente en la realizacion del programa de reformas que tiene prometido y anunciado.

Permitiendo en esta actitud, el partido oportunista se expone a desaparecer completamente de la escena política. Ayudando en su tarea a los radicales, facilitaria, en cambio, la solucion de los problemas actuales y continuaria siendo, como indudablemente quiso que fuera su verdadero fun- dador Mr. Gambetta, un elemento indispensable y poten- te para la consolidacion y progreso de las instituciones que Francia libérrimamente se ha dado.

Viaje presidencial. - Cumpliendo su programa de ir visitando po- co a poco todos los departamentos de Francia, el presidente de la Republica, Mr. Carnot, encuentra en estos momentos viajando por toda la region del Noroeste, cuyas principales poblaciones le reciben, así como al presidente del gobierno Mr. Floquet, con marcadas muestras de afectuoso entusias- mo. Breux y Caen son hasta ahora las ciudades que más se han distinguido por sus espontáneas manifestaciones de simpatia en favor de las personalidades del jefe del Estado y del jefe del gabinete. - No hay que decir, pues, que lo mismo Mr. Carnot que Mr. Floquet están contentísimos de la recepcion que se les hace en esa vieja region norman- da que, como la Bretaña, la Vendée y otras regiones del norte y centro de Francia, jamás se han distinguido por una grande adhesion a las instituciones y a los hombres de la Republica.

Una ejecución en París. — El ejecutor de altas obras (como aquí llaman oficialmente y con un contraste de cortesía verdaderamente chocante al ejecutor de la justicia) ha tenido en pocos días necesidad de darse en espectáculo en esta tierra de Francia, donde todavía, a pesar del régimen republicano, se conserva la tradicional y absurda pena capital en el Código de sus leyes. — Hace ocho días apenas, la guillotina hacía saltar en Córcega la cabeza del bandido Rochini, condenado a muerte por haber asesinado a una pobre joven después de haber abusado de ella. Ayer mañana el cadalso se levantaba en la plaza de la Roquette de esta capital para hacer expiar al soldado Schumacher, asesino también de una pobre anciana septuagenaria é indefensa, en enorme delito.

En la ejecución de este último, que ha pasado poco menos que desapercibida en París y de la que nosotros mismos no hubiéramos tenido conocimiento sin la obligada lectura de los periódicos diarios, ocurrió un incidente que es un ^{verdadero} argumento contra el sistema de pública ejecución, tantas veces combatido por hombres imparciales de todas las opiniones. El cura protestante que asistía al reo en sus últimos momentos, perdió la serenidad en el momento en que el verdugo iba a cumplir su lúgubre tarea y cuando ya el infeliz condenado tenía el cuello colocado debajo de la guillotina, y en un arrebato de misticismo sin duda exagerado y a todas luces improcedente, sacó al condenado de su horrible posición, y cubriéndole materialmente de besos y abrazándole repetidamente como en una especie de delirio, preguntóle con voz estentórea si se arrepentía del crimen cometido, a lo que contestó aquel afirmativamente entre los clamores del público abigarrado que presenciaba tan repugnante espectáculo, capaz de aturdir la cabeza mejor sentada y el corazón menos dispuesto. Todo esto constituyó una doble agonía para el reo, y para el titulado acto de justicia un refinamiento de crueldad ciertamente in-calificable. Esta escena duró algunos minutos. Después, el reo volvió a colocar su cabeza perpendicular a la terrible máquina; oyose al-
gunos segundos después un ruido seco, el de la cuchilla al segar de un solo tajo aquella cabeza antes llena de vida, seguido de otro ruido extraño, el de la cabeza al caer despreñida del tronco sobre la cesta de los ajusticiados. . . . El ejecutor de altas obras había concluido la suya, bien poco envidiable por cierto: todo había terminado.

Última hora.

(Zurich, 11) Todos los personajes invitados p.^o asistir a la boda del príncipe Amadeo están ya en Zurich. Va a celebrarse dentro de breves momentos la ceremonia. La ciudad, esplendidamente adornada, presenta una animación indescriptible. — Háblase de un magnífico regalo del emperador Napoleón a su sobrina, consistente en un precioso abanico pintado por un artista español y conteniendo dos poesías, una en francés y otra en italiano.

(Bolsa: 50% Suiz: 2257 150 = Panamá: 266.25 = N. España: 303.75)